



# EL REGRESO SUICIDA DEL SORPRENDENTE HOMBRE ARANA

¿CUÁNTO TIEMPO PUEDE VIVIR EL IMITADOR DE UN SUPERHÉROE?

---

un perfil de **renée kantor**

---

## S piderman podría estar



muerto. Él lo sabe y ésa es la razón por la que no puede dejar de mencionar lo inapreciable que le resulta vivir para contarlo. «Juego con la muerte para valorar la vida», dirá Alain Robert, un ciudadano francés de cuarenta y seis años a quien los medios de comunicación han bautizado como *Spiderman* debido a su extraordinaria capacidad de trepar rascacielos sin más ayuda que sus manos y pies, igual que el superhéroe de las historietas y películas. Pero a diferencia de éste, Robert no suele cumplir esas proezas para capturar criminales, sino para satisfacer sus propios objetivos. Es un hombre frágil, de unos cincuenta kilos y un metro y sesenta y cinco centímetros de estatura, cuya arácnida habilidad lo ha llevado a la cima de unos cien edificios en todo el mundo: las torres Petrona de Kuala Lumpur, las más alta del planeta (cuatrocientos cincuenta y dos metros); las Sears Towers, en Chicago; el Empire State, en Nueva York; y el Golden Gate Bridge, en San Francisco, entre otras construcciones que él ha escalado en unos treinta años de carrera. Su es-

pacio vital está en las alturas: la cabeza apuntando al cielo y las manos desnudas adheridas a algún resquicio del que sostenerse, sin cuerda y sin protección. Fuera de esos desafíos, los peligros de un mundo lleno de guerras y desastres naturales parecen no tener interés para él, que siempre anda lejos de esos escenarios, pues prefiere pensar en los edificios más altos. Sólo entonces el riesgo de su propia muerte se vuelve una conjetura considerable: la frase con que sus amigos y familiares intentan disuadirlo de su oficio. Robert piensa continuar trepando edificios a pesar de que tiene el esqueleto triturado por un grave accidente que le causó fracturas desde el cráneo hasta los tobillos. Tampoco le preocupa ser arrestado una vez más y encarcelado porque su talento es considerado como una infracción a la ley. En su agenda, el largo plazo está marcado por la torre Burj Dubai, en los Emiratos Árabes, un coloso de ochocientos metros de altura que él planea escalar en marzo del 2010. «Aún me quedan algunos meses más de vida», dirá Robert, como quien avizora su propia y posible muerte sin querer hacer nada por evitarlo.

Visto en las alturas, *Spiderman* tiene el tamaño de sus proezas: un superhombre que no le teme a las alturas ni a la muerte. Pero ya en tierra, su figura diminuta resalta conforme avanza entre la gente común y corriente, por lo general, seres más corpulentos que él. Son las nueve y media de una mañana de diciembre, y Alain Robert ha ingresado con aires de apuro y fastidio a un bar de Pézenas, un pueblo medieval de siete mil habitantes en el sur de Francia. Con una mano sostiene el celular y con la otra empuja la puerta, pero le recuerdo que habíamos acordado conversar en su casa. Entonces suelta la puerta: «Vengo de allí —exclama con un ademán violento—, es muy oscura y yo quería estar al sol». La crisis nerviosa es corta. Ahora camina como una ráfaga entre las callejuelas de este pueblo. Al hablar, mira fijo con sus ojos acuosos y estira el cuello, pues casi siempre su interlocutor es más alto que él. El viento agita su cabello largo, que cae como una maraña sobre su cara. Alain Robert parece aún un poco dormido y disgustado. Dice que sólo tiene unos minutos y que está harto de dar entrevistas sin que le paguen. Se parece muy poco a ese superhombre amable de las historietas que adora ver publicadas sus fotos en los diarios.

P

–Fíjese –protesta con un malhumor exagerado–: a Angeline Jolie y Brad Pitt les pagaron millones de dólares por una entrevista. No es que me compare con ellos, pero no entiendo por qué los medios quieren obtener todo sin dar nada.

*Spiderman* vive en una construcción anti-gua y estrecha, comprimida entre paredes medianeras. Al llegar, su enfado parece comprensible. Las escaleras conducen a un salón sombrío, sólo iluminado por la luz azulada y borrosa de la pantalla de un televisor. Un único espacio reúne la cocina, el sofá y la mesa. Junto a ella está sentado Claude Poysson, su amigo íntimo y entrenador, que permanecerá allí durante nuestro encuentro. Alain Robert se quita la chaqueta y se sirve un café. Para ser un animal de la ciudad, *Spiderman* tiene un *look* bastante exótico: lleva el cabello largo y rubio, tiene la piel bronceada, viste una camisa color caqui, un collar de plumas, botas tejanas y aritos en las orejas. No deja de moverse. El suyo es un ajeteo permanente, un cuerpo sometido a incansables órdenes mentales: pasos circulares alrededor de la silla, una mano que quita el pelo de su cara una y otra vez, los hombros que se curvan hacia adelante. Al final, se sienta y trata de parecer una persona cordial. Dice que él es así: tiene mal carácter, pero sabe ser gentil.

¿De dónde le viene esta pasión por la escalada? Su respuesta es desconcertante. Cuando niño, *Alain Robert* soñaba con ser *El Zorro* o *D'Artagnan*. De grande, el escalador profesional conocido mundialmente como *Spiderman* es un poco arrogante. Lo más importante para él, dice, es el coraje.

–Hay gente que tiene aspiraciones pero que no las realizan jamás. Yo veo a todos esos tipos sentados en la vereda que me dicen *bonjour* doscientas veces por día porque saben que tengo dinero –dice dejando caer sus puños sobre la mesa–. ¿Y qué puedo hacer? ¿Acaso les puedo dar un salario todos los días? Sólo me dan ganas de darles una patada en el trasero y decirles: «Vamos, hagan algo! Muévanse!». Ese inmovilismo me pone fuera de mí.

A un lado, su entrenador aprueba con un movimiento de cabeza. –Ellos podrían elegir robar, hacer algo y no permanecer sentados en la vereda –prosigue–. En China o en Indonesia la pobreza todavía es peor que la de estos rumanos que por lo menos tienen todos los días los vasos llenos de monedas. En otros continentes salen adelante, trabajan.

Tal irritación parece previsible en alguien que, como Robert, sufre de vértigo, ataques de epilepsia, que tiene fracturas en el cráneo, caderas y brazos y que, a pesar de ese cuerpo en migajas, se atreve a escalar los rascacielos más altos del planeta. Ése es su trabajo y ésta también podría ser la parte menos romántica de su historia, aquella que puede desilusionar a los niños: *Spiderman* también vive de la publicidad. En su libro *EL HOMBRE ARAÑA* Alain Robert cuenta que solía ser un niño tímido y acomplejado a causa de su baja estatura. Odiaba ir a la escuela, no tenía amigos, todos sus compañeros se burlaban de él. ¿Acaso su rencor actual tiene su origen en ese pasado? ¿Ser el mal amado, aquel al que nadie prestaba atención? La historia de *El Hombre Araña* de verdad (o sea, el de la ficción) también es la de un estudiante debilucho al que todo el mundo parece ignorar hasta que, de pronto, descubre sus superpoderes. Alain Robert, el *Spiderman* de carne y hueso, tenía once años cuando descubrió su talento. Un día, al llegar a casa de la escuela, se dio cuenta de que había olvidado las llaves del departamento. Entonces, sin pensarlo demasiado –«fue un impulso», dice– decidió escalar hasta el octavo piso del edificio donde vivía. Desplegó sus brazos, sus manos se aferraron a los balcones, sus pies se apoyaron sobre el borde de las ventanas y llegó. Cuando se enteró del hecho, su padre le dio una paliza, pero eso no impidió que el futuro *Spiderman* se sintiera la persona más feliz de la Tierra. «Por primera vez sentí que existía para los demás –recuerda mientras bebe otro café, y entonces su voz lenta y casi ahogada hasta lo hace parecer alguien vulnerable–. Para mí fue una revancha». La primera de todas las que vendrían después.



La madre de *Spiderman* dice que incluso hoy –cuando han pasado tantos años desde que su hijo descubrió sus poderes– no puede entenderlo. Marie Rose Robert no comprende ese sentimiento de desamparo e indiferencia que él hacia su familia ni las razones por las que su hijo se expone del modo en que lo hace. «Él se queja porque mi marido (que era cardíaco y murió hace dos años) y yo nunca lo vimos escalar. Pero es que no lo podíamos soportar: lo que hace es demasiado peligroso»,

**SPIDERMAN SIGUE TREPANDO EDIFICIOS A PESAR DE QUE TIENE EL ESQUELETO TRITURADO POR UN ACCIDENTE QUE LE CAUSÓ FRACTURAS DESDE EL CRÁNEO HASTA LOS TOBILLOS. TAMPOCO LE PREOCUPA SER ARRESTADO UNA VEZ MÁS Y ENCARCELADO, COMO SIEMPRE QUE LLEGA AL ÚLTIMO PISO DE UN RASCACIELOS. EN SU AGENDA, EL LARGO PLAZO ES LA TORRE BURJ DUBAI, DE OCHOCIENTOS METROS DE ALTURA, QUE ÉL ESCALARÁ EL 2010. «ME QUEDAN ALGUNOS MESES MÁS DE VIDA», DICE COMO QUIEN AVIZORA SU PROPIA MUERTE SIN QUERER HACER NADA POR EVITARLO**

me contó ella por teléfono. Hablaba desde Valence, el pueblo donde vive, a unos trescientos kilómetros de la casa de su hijo. «Alain siempre creyó que nosotros éramos muy distantes. Quizá yo no era muy demostrativa, pero amo a mis cuatro hijos. Y si él comenzó a escalar para llamarnos la atención, lo lamento. No lo sabía. Sólo espero que él no muera mientras yo esté con vida». Marie Rose es creyente y aclaró que reza para que algo así nunca suceda; para que su hijo no se mate en una caída. Pero *Spiderman* piensa de otra manera. Él cree que la muerte jamás podrá vencer a la leyenda que tanto se empeña en construir sobre sí mismo. Alain Robert es el hombre que en todo el planeta está más cerca de emular al superhéroe de las películas. Aunque la certeza de que sus padres jamás serán testigos de la ejecución de sus hazañas le resulta insoportable.

A *Spiderman* no le molesta que lo traten como a un loco. En su casa, él se pone de pie, da una vuelta alrededor de la pequeña mesa de la cocina y vuelve a servirse un café. En este espacio pequeño y sombrío se desplaza y bebe de la misma forma en la que habla, rapidísimo, como si lo dominara la angustia de que pronto la vida se le pudiera terminar.

–¿Qué es la locura? Es mejor mi locura que la del pedófilo de la esquina, ¿no? –responde y su entrenador, asiente con gesto teatral.

Pero el espectro de sus padres sobrevuela la conversación. Es un dolor al cual no puede escapar. ¿Y si lo que él considera indiferencia sólo es la impotencia que siente su madre ante la idea de ser testigo de la puesta en escena de un peligro mortal?

–No, nunca les interesó –afirma él con desilusión.

Ahora sus dedos tamborilean sobre la mesa. Al observar sus manos, pequeñas y delicadas, es imposible imaginar que ellas se aferran a rocas, vidrios o barras de acero, impidiéndole caer. Mientras continúa con ese repiqueteo constante, Robert recuerda que un día, cuando era un niño, su familia partió un fin de semana en automóvil a recorrer las Gargantas del Tarn. Para visitar este magnífico paisaje del sur de Francia hay que transitar por una ruta sinuosa que bordea un precipicio. El pequeño Alain vivió este viaje como un calvario. Estaba convencido de que caerían al vacío. Su madre intentaba calmarlo, pero era imposible. Su padre le juró que harían el regreso por una autopista. Al oír aquella promesa, Robert sintió vergüenza de sí mismo y ese día se prometió que nunca más volvería a ser un niño temeroso. Pocos meses después de aquella excursión, escaló el edificio donde vivía. Luego aprendió a sortear peligros, a arriesgarse, a tener coraje. Al igual que *El Zorro*, Alain Robert sintió que él también podía ser un superhéroe. Un superhéroe de verdad, alguien que es capaz de vencer el miedo haciendo lo que los demás no pueden.

De niño, *Spiderman* se ausentaba de la escuela para ir a escalar montañas. Su primer gran desafío fue trepar por un acantilado conocido como El Abominable Hombre de los Dedos. En el alpinismo, el nivel de dificultad de una ascensión se determina por un sistema de grados que va del uno al nueve. Aquel acantilado es de la magnitud 7B+, que pertenece a la escalada extrema. El adolescente Alain Robert acudía a ese lugar junto a los amigos que había conocido en los Boy Scouts. Por entonces, él usaba un arnés y una cuerda. En esa época también lo acompañaba uno de sus tres hermanos, Thierry. En la década del setenta –recuerda Robert–, la escalada era un deporte de aventureros y de rebeldes. Sus héroes, esta vez reales, eran René Desmaison, Gaston Rébuffat y Walter Bonatti, tres míticos alpinistas capaces de expresarse sobre una pared rocosa como un pintor lo hace al trazar líneas en una tela. Para esas figuras lo más importante no era el estilo ni el acto atlético, sino el gesto romántico, una experiencia que iba más allá de llegar a la cima. El alpinismo está compuesto por hombres que «interpretan un ballet fantástico en un escenario de piedra

**SPIDERMAN RESUCITÓ DESPUÉS DE PERMANECER CINCO DÍAS EN ESTADO DE COMA. ERA 1982 Y HABÍA CAÍDO DESDE UNA ALTURA DE VEINTE METROS. SU EXISTENCIA SE LIMITABA A UN MANOJO DE HUESOS DESTROZADOS, UN CUERPO HECHO TRIZAS. LA CAÍDA DE SU ACANTILADO FAVORITO LE PRODUJO UN EDEMA CEREBRAL Y MÚLTIPLES FRACTURAS DEL CRÁNEO, NARIZ, MUÑECAS, CODO, CADERA Y TALONES. NO PODRÍA VOLVER A ESCALAR, LE DIJERON. EL RESTO DE SU VIDA HA CONSISTIDO EN CONTRADECIR A LOS MÉDICOS**

vertical», escribió cierta vez Gaston Rébuffat. En el Manifiesto de los 19, escrito en 1985, los escaladores franceses reivindican una visión de la escalada «que huye de ciertos modelos de nuestra sociedad... Escalar a tiempo completo conlleva un sacrificio y quizá una cierta marginalidad. Pero implica también una aventura, un descubrimiento, un juego en el que cada uno fija sus reglas. Nosotros no queremos entrenadores o seleccionadores, porque la escalada es ante todo una búsqueda personal». Alain Robert no participó de ese movimiento, pero afirma sentirse muy identificado con sus postulados. Para él, la totalidad de la búsqueda se concentra en una única palabra: coraje.

Ahora *Spiderman* se levanta y va hacia el otro extremo del comedor oscuro de su casa. Acomoda unas revistas viejas dispersas en la mesa baja. Vuelve. Su madre me había dicho que él no puede quedarse quieto más de quince minutos. Claude, el entrenador, tiene la mirada clavada en el televisor y parece acostumbrado a esas muestras de ansiedad. Su pupilo toma nuevamente la taza de café, como si necesitara tener algo entre las manos. «El coraje es mi búsqueda, mi camino –dice de pronto–. Escalar como yo lo hago es muy excitante, en esos momentos la vida es simple, sin vueltas: no hay que caer. Y a mí este juego con la muerte me resulta apasionante». ¿Morir escalando sería el fin ideal para él? No lo expresa de esa manera, pero un destello en sus ojos parece confirmarlo. ¿Cuál es la diferencia entre el alpinismo y la escalada? Para él, un escalador asciende sin artificios técnicos y sólo se sirve de una cuerda para no caer. El alpinista utiliza ese mismo instrumento para progresar en la ascen-

sión. En diez años, el aprendiz Alain Robert escaló El Abominable Hombre de los Dedos más de mil veces, y ése fue un modo de medirse a sí mismo. El primer espacio que le reveló que, contra lo que los demás pudieran pensar, él era fuerte y valiente.

–En el fondo de mí hay un pequeño *Zorro*. Cuando yo le hablo de *El Zorro* a usted seguramente le parece una historia irreal, que no existe. Pero en mi vida, se trata de un personaje que tiene una gran importancia. Es ese chico tímido que le tenía miedo a todo, a la vida, a la muerte, a la altura, al vacío y que con mucho esfuerzo logró hacerle frente.

Ahora Alain Robert afloja la continua tensión nerviosa de su rostro. Allí, suspendido un instante en el mundo ideal de la infancia y su fantasía, parece otro: un niño al que se le ha cumplido el sueño de ser el intrépido superhéroe que los demás admiran.



*Spiderman* volvió a la vida después de permanecer cinco días en estado de coma. Era el 4 de octubre de 1982 y Alain Robert había caído desde una altura de veinte metros debido a un nudo mal hecho que se soltó en un descenso rápido. Pero, a pesar de los golpes, él pudo recuperar la consciencia. Sentía un dolor agudo y punzante en el cráneo, recuerda Robert. Pero entonces no entendía lo que le había sucedido. Sólo sabía que su existencia se limitaba a un manojito de huesos destrozados, un cuerpo hecho trizas. La caída de su acantilado favorito le había producido un edema cerebral y múltiples fracturas del cráneo, nariz, muñecas, codo, cadera y talones. La seguridad social francesa califica la invalidez con diversos porcentajes. Un hemipléjico, por ejemplo, tiene una invalidez de setenta por ciento. El estado de Robert calificaba con un sesenta por ciento, pero, por alguna razón, él siempre rehusó recibir una pensión del Estado. «Yo soy el único propietario de mi cuerpo, no necesito nada de nadie, al menos por ahora», dice y mira a su entrenador. Éste sólo asiente, como un compañero fiel de esa desgracia. Los médicos pronosticaron que no podría escalar nunca más. El Abominable Hombre de los Dedos,





**SPIDERMAN TENÍA ONCE AÑOS CUANDO DESCUBRIÓ SU TALENTO. UN DÍA, AL LLEGAR A CASA DE LA ESCUELA, SE DIO CUENTA DE QUE HABÍA OLVIDADO LAS LLAVES DEL DEPARTAMENTO. ENTONCES, SIN PENSARLO DEMASIADO —«FUE UN IMPULSO», DICE— DECIDIÓ ESCALAR HASTA EL OCTAVO PISO DEL EDIFICIO DONDE VIVÍA. DESPLEGÓ SUS BRAZOS, SUS MANOS SE AFERRARON A LOS BALCONES, SUS PIES SE APOYARON SOBRE EL BORDE DE LAS VENTANAS Y LLEGÓ. CUANDO SE ENTERÓ DEL HECHO, SU PADRE LE DIO UNA PALIZA, PERO ÉL SE SINTIÓ LA PERSONA MÁS FELIZ DE LA TIERRA**

el acantilado, había sido implacable. Pero Robert se encargaría de contradecir a los médicos. «Vivir sin escalar me resultaba inimaginable. Tenía sólo diecinueve años. No me importaba nada, sólo quería recomenzar». Aquél sólo fue su accidente más grave. Ocho meses antes había sufrido otra caída. Una espectacular desde quince metros de altura que lo mantuvo inconsciente durante media hora. Otra vez un problema material: dos plaquetas de acero que cedieron por el calor. Resultado: fractura del talón, muñeca, nariz y tres meses de inmovilización.

Poco después volvió a escalar. Parece una paradoja pero, hasta ahora, sus accidentes más graves ocurrieron cuando practicaba la escalada premunido con instrumentos de seguridad. Como si ninguna herramienta, en su mundo, fuera confiable.

Durante casi dos años *Spiderman* forzó su cuerpo a un tormento impensable. Recuperarse del segundo accidente fue mucho más complejo. Dice que el único dolor, el más hondo y verdadero, era sentir que no podría volver a escalar. Al terminar los cuatro meses de inmovilización total quiso iniciar su reeducación, pero los médicos se negaron. Robert abandonó el hospital. En casa, y con la ayuda de un kinesiólogo, prosiguió su recuperación. Su mayor inquietud era la falta de sensibilidad en los dedos de la mano. Lo operaron. En total su cuerpo fue sometido a más de veinte intervenciones. La adoración exige sacrificios. Y Robert es a la vez la víctima y el verdugo de sí mismo. Dos años después, no sólo volvió a escalar sino que alcanzó sus mejores proezas. Para Gerard Hoëlder, el cirujano que lo operó, *Spiderman* es un enigma. Él, que había pronosticado que ese paciente nunca más

podría volver a escalar, escribió en el prólogo de *EL HOMBRE ARAÑA*, la autobiografía de Robert: «Sus muñecas tienen una amplitud limitada, sus codos no pueden extenderse del todo reduciendo así el estiramiento de sus miembros superiores, ambos huesos de sus antebrazos no logran enroscarse uno alrededor del otro como deberían, y ya no puede desplegar ciertos dedos cuyos nervios han estado comprimidos mucho tiempo». El estado físico de ese hombre capaz de detener el tránsito de una ciudad cuando escala un rascacielos parece el de alguien que ha pasado por una trituradora sólo para demostrar su fuerza interior. Su poder de resurgir una y otra vez.

—Aprendí a vivir con muchos dolores, con miedo al vértigo y terminé escalando —dice en un momento—. O sea, yo hubiera podido pasar mi vida quejándome. Pero no digo nada. Comprendí rápidamente que si me quejaba, ¿qué iba a pasar? Sólo iba a lograr molestar a la gente que me rodea. Nada más. El dolor, el malestar, no se comparte. Yo guardo todo en mí.

Frente a su estado clínico, quizá lo menos extraño en su biografía resulten sus proezas como escalador. Lo extraordinario es que no considere la posibilidad de detenerse para asumir la maltrecha condición de quien debería vivir eternamente bajo supervisión médica.



Doce años después de su accidente más grave, *Spiderman* todavía era un escalador que prefería las afueras de la ciudad, las montañas, los acantilados. En 1994, una empresa patrocinadora de deportes extremos (SECTOR) lo invitó a contemplar los rascacielos como una posibilidad profesional, como un reto en su carrera. A cambio de ello, la compañía le daría financiamiento y realizaría una película sobre su primer ascenso. Hasta entonces, Alain Robert era popular entre los mejores escaladores de vías rocosas, en Francia, pero aquella proposición encarnaba un desafío doble para alguien que debía guardar reposo a ras del suelo. Escalar un rascacielos con la ayuda única de sus manos y pies, en los Estados Unidos, era la oportunidad para





fotografía: getty images / emmanuel aguirre

hacerse célebre a nivel mundial y para ganar lo suficiente para vivir cómodamente de su talento. Él tenía tres hijos y estaba casado con una auxiliar de escuela. Para ayudarse a mantener esa familia, Robert trabajaba algunas horas como vendedor en un negocio de deportes. Su esposa apoyó su decisión. *Spiderman* intentaría trepar y no caer.

Tres semanas después, el postulante a *Spiderman* viajó a Chicago junto al director del documental. Allí realizaron un *casting* de rascacielos. Descartaron los de mármol, los de superficies demasiado lisas, los que se alzaban sobre columnas. El elegido fue el City Corp, una imponente torre de vidrio y acero de ciento ochenta metros de altura. Robert lo auscultó, estudió los resquicios que le permitirían escalarla, investigó si tenía fisuras lo suficientemente anchas para apoyar los pies. Estaba seguro de que no podría llegar a la cima, pero no dijo nada. «Esa primera vez me parecía un desafío imposible –dice ahora, años después de esa exploración–. Una torre no tiene la rugosidad de las piedras». Sin embargo, añade, la idea lo excitaba. Para escalar un inmueble hace falta una autorización de la prefectura de la ciudad y, como Robert no tenía una, no pudo realizar ningún ensayo. Volvió a su pueblo, en Francia, a esperar la respuesta. Meses después, le negaron el permiso. ¿Cuál es el riesgo de escalar sin autorización?, preguntó él. Seis meses de prisión. Robert reflexionó, pasó la noche sin dormir y elaboró un razonamiento singular. Si terminaba en la cárcel, querría decir que estaba vivo, y ésa sería una excelente noticia.

De vuelta en Chicago, *Spiderman* continuó su investigación del City Corp, el edificio elegido, aprovechando los momentos en que las oficinas estaban cerradas. Verificó el estado de los vidrios, los materiales, su arquitectura, los revestimientos. Lo impresionaba la armonía de las formas del edificio, pero lo intimidaba la magnificencia de su volumen. El día elegido para el ascenso, Alain Robert despertó a las cuatro de la madrugada. Dos horas después empezó la prueba sin que nadie conociera sus intenciones. ¿Y si alguien abría una ventana mientras él estaba ahí? En las torres de más de cien metros de altura –había averiguado él–, las ventanas permanecen cerradas para evitar los riesgos de un vendaval. Mientras subía, Robert limpiaba la superficie de los vidrios para volverlos menos resbaladizos. «El rascacielo me resultaba sobredimensionado en relación con los acantilados –diría muchos años después–. A cientos de metros del suelo uno ve los automóviles allá abajo, lo que me recordaba constantemente la altura a la que me encontraba». Cuarenta y cinco minutos más tarde, llegó a la azotea. Allí ya lo esperaba la policía, como cada

**SPIDERMAN TEMÍA QUEDAR CALVO COMO SU PADRE Y SU HERMANO. ESA VEZ, A FINES DE LOS OCHENTA, UN EMPRESARIO LE PROPUSO UN IMPLANTE CAPILAR, PERO EL COSTO ERA ELEVADO. «UN DÍA SERÉ CÉLEBRE Y ESE DÍA LE DIRÉ A TODO EL MUNDO QUE FUE USTED EL RESPONSABLE DE MI CABELLERA», ARGUMENTÓ EL PACIENTE COMO QUIEN TRATA DE COTIZAR MUY ALTO SUS ESPERANZAS. EL EMPRESARIO RIÓ, PERO ACEPTÓ ATENDERLO AL OÍRLO DECIR: «YO QUIERO CONVERTIRME EN EL HOMBRE ARAÑA Y ES IMPOSIBLE IMAGINARSE UN HOMBRE ARAÑA PELADO»**

vez que ha intentado repetir o mejorar esa primera proeza. Entonces sólo lo retuvieron unas horas en prisión, donde lo regañaron como a un delincuente accidental. Pero el hombre que salió de allí ya no era el montañista dubitativo y agobiado por sus gastos familiares, sino un hombre que había superado una prueba extraordinaria. Afuera, en el mundo, había cientos de rascacielos por venir.



La esposa de *Spiderman* parece estar saturada de responder siempre a las mismas preguntas. «Claro que tengo miedo cuando escala», me dijo con desgano Nicole Robert y luego siguió impenetrable a través del teléfono: «Cuando lo conocí sabía que era su pasión» o «Yo lo acepto como es». Pero las cosas no son tan simples, según Gil Mennetrey, un gran amigo y patrocinador de la carrera de su esposo. Nicole «sufrió muchísimo», dice él. *Spiderman* está rodeado de mujeres, «groupies, chicas que se sienten atraídas por la muerte. El tiene mucho éxito con las mujeres. En general, las que lo siguen son muchachas jóvenes, un poco marginales». ¿Esas relaciones van más allá de la devoción? «No lo sé –me dijo Mennetrey–, y además él es un hombre y yo soy solidario con mi género.



En cierta época de su carrera, *Spiderman* temía quedar calvo como su padre y su hermano. Fue más o menos a fines de los ochenta, dice Gil Mennetrey, un empresario exitoso en el área

de productos para el cabello e implantes capilares, que ahora patrocina la carrera de su antiguo paciente. Él tiene clínicas en varias ciudades del mundo, como Marrakesh, desde donde habló de su relación con su patrocinado. Esa vez, Mennetrey le propuso un implante capilar, pero el costo era demasiado elevado para el paciente. «Un día seré célebre y ese día le diré a todo el mundo que fue usted el responsable de mi cabellera», le dijo Robert como quien trata de cotizar muy alto sus esperanzas. Mennetrey cuenta que primero lanzó una risotada; luego aceptó, pues el hombre le parecía muy simpático. Le dio ternura escucharle decir: «Yo quiero convertirme en *El Hombre Araña* y es imposible imaginarse un hombre araña pelado». Desde entonces, *Spiderman* lleva el cabello en mechones largos que caen como una catarata sobre sus hombros y los cuida como si su talento radicara allí. Como la fuerza en la cabellera de Sansón. Años más tarde, Robert se hizo famoso y Mennetrey se convirtió en su patrocinador mensual. *Spiderman* es el hombre que más admira en el mundo. «Creo que está completamente loco, pero es muy profesional. Hace algunos años pensaba que moriría escalando. Hoy creo que abandonará en cinco años y morirá de viejo, como todos». El especialista en cabello dice que lo apoyará hasta su fin.



*Spiderman* no parece un atleta obsesionado con la higiene, las dietas y la salud. Ahora es cerca del mediodía en su madriguera, y él ha bebido innumerables tazas de café. Agita su cabellera con una mano. Se lo ve ansioso. Dice que no le presta mucha atención a las comidas, hace un poco de ejercicio, pero no sigue ningún régimen particular. Según Gil Mennetrey, Robert es un hombre dotado naturalmente para la escalada. «Voy a ser más explícito –me dijo–: no es un gran trabajador, lo suyo es un don». Ahora *Spiderman* arquea los labios hasta transformarlos en una sonrisa. La simpatía cuesta trabajo. Sin abandonar su taza de café, cuenta que antes del ascenso de un rascacielos puede usar hasta diez veces el

inodoro. Su entrenador dice que se trata de la necesidad que tiene el organismo de eliminar todo aquello que considera inútil. Su equipo de escalada es mínimo: magnesio para eliminar la transpiración de las manos, Red Bull, una pipeta, sus zapatillas de escalada y un teléfono celular. Hay veces en que *Spiderman* es capaz de responder una llamada –dice su patrocinador– y conversar como si estuviera recostado en un sillón y no al borde del abismo.

Un día, mientras ascendía las Sears Towers de Chicago, *Spiderman* advirtió que había siete helicópteros alrededor y que algunos policías trepados en andamios le hacían señas desesperadas para disuadirlo, como quien se dirige a un suicida en la cornisa. Aquella era una torre de cuatrocientos cuarenta y tres metros de altura, ciento diez pisos cubiertos de vidrios perfectamente lisos, para la cual él se había entrenado durante dos meses. «My name is Alain Robert, and I'm a professional climber», les gritó a los agentes. Los últimos cuarenta metros fueron los más difíciles. Estaba agotado. «O sigo o me muero –recuerda que razonó entonces–. Es tan simple como eso. Y seguí». Casi tres horas después, apoyó sus manos en la cima y de inmediato sintió que unos brazos firmes lo alzaban y lo retenían por las piernas. Pasó algunas horas en la comisaría. Pero nada logró empañar ese éxito. Aquella vez, el 20 de agosto de 1999, conquistó los Estados Unidos. Se hizo célebre. Los periodistas –sus seguidores de primera fila junto con los policías y los bomberos– lo bautizaron con un nombre bastante obvio, *Spiderman*, para alguien que siempre había admirado a *El Zorro*.

Muchos escaladores profesionales critican a *Spiderman*. Piensan que desvirtúa la esencia de la escalada. Otros lo elogian y le entregan premios, como el que recibió en el Festival de Janssens, en 1991, o el del Comité Olímpico Internacional. Pero la opinión de la policía no se detiene en analizar la hoja de vida. A *Spiderman* lo han arrestado en Kuala Lumpur, 1997, después de escalar las Torres Petronas. Pasó cinco días en la cárcel y esa fue su estadía más

larga. «Me sentía dentro de la película *EXPRESO DE MEDIANOCHE* –dice–. Todo era sórdido, tuve miedo sobre todo por mi familia. Las detenciones fueron lo más duro de soportar para mi mujer y mis hijos, la imagen de un padre en la cárcel resulta difícil de explicar». También lo han golpeado y arrestado en Tokio. El gobierno de China le prohibió entrar al país por cinco años. En los Emiratos Árabes lo ovacionaron más de cien mil personas. También realizó múltiples ascensos legales por causas humanitarias. Pero las propuestas laborales decayeron desde el 11 de septiembre del 2001. Durante un año, *Spiderman* no recibió ninguna oferta. ¿Cómo escalar un rascacielos en ese país que tenía grabada la imagen de decenas de hombres y mujeres saltando de las Torres Gemelas? Aquella tragedia planetaria amenazaba su oficio. «Yo soñaba con escalar las Torres Gemelas, y cuando vi las imágenes del atentado, las torres desmoronándose, sentí un doble *shock*: por las muertes y por el final de un sueño». *Spiderman* es el único superhéroe que no podría ser el mismo sin los rascacielos. El espanto y el fanatismo lo habían arruinado todo. Una parte de sí mismo se había hundido entre los escombros del horror. Había algo más fuerte que el coraje que él tanto defiende: el sacrificio de los que deciden lanzarse porque esa es la única alternativa.

*Spiderman* también ha tenido problemas de drogas, pero éste no es asunto que él trate de esconder. En su casa, Alain Robert ha permanecido sentado demasiado tiempo, y parece que hablar de sí mismo es el único antídoto contra su ansiedad. Ahora está de pie, apoyado contra la heladera. En el 2005, recuerda, lo arrestaron como de costumbre luego de escalar un rascacielos (el One Houston Center, en Texas). Esa vez él llevaba consigo un medicamento llamado Urbanyl y las autoridades lo acusaron de posesión de drogas. Pasó dos días en prisión y aún debe volver a presentarse ante la justicia estadounidense. «Hace veinte años, desde mi grave accidente, tomo este medicamento. Me volví un adicto a esa droga», dice observando a su entrenador. Urbanyl es el nombre de un fármaco empleado para tratar la ansiedad, la angustia y la epilepsia. Puede crear dependencia. Muchos aseguran que Robert se dopa para hacer lo que hace. Sus seguidores –como Gil Mennetrey, su patrocinador– creen que el verdadero *doping* se lo produce la adrenalina. «Está fascinado por las miles de personas que lo aclaman cada vez que el arriba a la cima. Es que se está convirtiendo en leyenda. Y como toda leyenda, uno no puede saber cómo terminará», me dijo ese auspiciador. Cada quien parece tener una versión de los ideales y motivaciones de este superhéroe. ¿Pero qué *Spiderman* busca él en las alturas?

**EN UN VIDEO DE INTERNET SE VE A SPIDERMAN ESCALANDO LA TORRE DE LA DÉFENSE, EN PARÍS. UN RASCACIELOS DE CASI DOSCIENTOS METROS DE ALTURA Y CUARENTA Y OCHO PISOS DE CRISTAL OPACO. EN LA PELÍCULA, ÉL ES UN PUNTO BLANCO Y PÁLIDO SOBRE UN MONSTRUO NEGRO Y BRILLANTE. LA IMAGEN, FIJA COMO LA PÁGINA DE UNA HISTORIETA, ES UN ESPACIO DETENIDO ENTRE LA BELLEZA Y LA MUERTE. SPIDERMAN AVANZA HACIA EL CIELO COMO SI TRATARA DE HUIR DE LAS POBRES LEYES DE GRAVEDAD QUE AGOBIAN A LOS SERES TERRESTRES**



*Spiderman* sube unas escaleras angostas, de piedra, hacia su sala de entrenamiento. ¿Qué mecanismos esconde ese cuarto secreto donde él se prepara antes de escalar los rascacielos más altos del mundo? ¿Habrán poleas, arneses, instrumentos que prueban su resistencia a permanecer colgado durante horas? En el primer piso de ese lugar hay dos habitaciones y un aparato para hacer abdominales. Más arriba está un viejo gallinero reciclado como habitación matrimonial. Es un espacio amplio y muy luminoso que tiene a una abertura en el techo. Sobre la cama matrimonial hay montoncitos de ropa. Al recostarse allí, Alain Robert y su mujer han de ver un cielo extraño: en el techo hay incrustadas presas de resina de todos los colores. Es el muro de escalada de *Spiderman*. Ahora él se cambia los zapatos por unos adecuados para hacer una demostración de sus habilidades. Parece un pájaro exótico. Un cuerpo que se sacude horizontal sobre nuestras cabezas. Su columna se encorva, sus piernas se tensan y contraen como elásticos al trepar por las paredes. Los movimientos son manoteos que se encadenan, ágiles y veloces. Por momentos, parece avanzar en un mundo sin gravedad. Con sorprendente ligereza, *Spiderman* se desplaza recostado boca arriba, su silueta parece espigada y liviana. Al observarlo desde el suelo la fragilidad humana resulta evidente. Ahora, vuelve a tocar el piso duro y liso y recuerda que en este mismo cuarto, a fines de los noventa, su mujer le salvó la vida. Esa vez Robert hacía lo mismo que hace unos instantes, pero entonces cayó y se golpeó la cabeza con fuerza. Desde entonces vive con un

vértigo que aprendió a controlar. ¿Y si sufre un mareo durante una escalada?

–Si uno no es un suicida hace todo por seguir vivo. La opción es siempre extrema: la caída es la tumba. Es tan simple como eso, de un lado está la vida y del otro está la muerte.

*Spiderman* dice que a veces para dormirse se cuenta su propia historia de éxito. Rascacielos que desfilan como un rebaño de ovejas. La manifestación de una devoción por sí mismo, presente hasta en sus sueños. Ahora, de vuelta en el salón de su casa y con una nueva taza de café entre sus manos, él habla de su libertad. Las oficinas, dice, son la verdadera locura. Sus hijos no escalan, cuenta, pero hay gente en Pézenas que afirma haberlos visto trepar las paredes del pueblo. Por ahora los dos mayores están en el Ejército. «Ellos son deportistas, tienen un salario, días de reposo. No es lo mismo que ser cajera de un supermercado, ¿verdad? Y además, para ser parte del Ejército hace falta coraje», dice como si tratara de justificarlos por llevar vidas aparentemente convencionales. Ninguna compañía se atrevería a asegurar a alguien como él, pero eso no le preocupa demasiado. «Mí padre me habló toda la vida de ser precavido y finalmente mis hijos recibirán de mí más de lo que yo tuve de mis padres». A *Spiderman* le gustaría vivir en Bali, porque dice que Francia es un país de gente quejosa y malhumorada. Por ahora, su mujer no quiere saber nada de ello. Él aún no piensa en el retiro, pero cuando eso ocurra, dice, será conferencista. En Dubai, cuenta exhibiendo una factura, le pagaron cuatro mil euros por una charla.

Poco después, Robert me muestra uno de esos videos sobre él que circulan en internet. Se lo ve escalando la torre de la Défense, en París. Un rascacielos de casi doscientos metros y cuarenta y ocho pisos de cristal opaco. *Spiderman* observa la pantalla subyugado por su propia imagen. En la película, él es un punto blanco y pálido sobre un monstruo negro y brillante. Los planos más cercanos dejan ver sus dedos que se adhieren a la superficie espejada. Parece un gigante de vidrio que se resiste a ser abrazado por un hombre pequeño. La imagen, fija como la página de una historietita, es un espacio detenido entre la belleza y la muerte. *Spiderman* avanza hacia el cielo como si tratara de huir de las pobres leyes de gravedad que agobian a los seres terrestres.★